

El Facundo y la actualidad americana

Luis Ernesto Pl

El mal que es preciso remover, es el que nace de un gobierno que tiembla a la presencia de los hombres pensadores e ilustrados y que para subsistir necesita alejarlos o matarlos...

Domingo Faustino Sarmiento

Hoy como ayer, los señalamientos e interpretaciones que de la realidad social y política de su patria hizo al promediar el siglo pasado Domingo Faustino Sarmiento siguen siendo una constante histórica para reflexionar sobre el conflicto que se ha dado, desde siempre, en nuestras tierras entre el hombre civilizado y el bárbaro que a través de la fuerza se arroga el poder. En la actualidad, a pesar de las luchas democráticas y libertadoras de los pueblos en contra de las tiranías y la opresión, como la nicaraguense, algunos acontecimientos ocurridos en este año subrayan ese conflicto. Tales son los casos de Argentina, en donde la junta militar que gobierna reiteró hace unos meses que el régimen actual "No tiene plazos ni fechas"; de Chile, cuando la dictadura militar de Pinochet sometió al pueblo chileno a un referéndum de un texto constitucional con el fin de darle al gobierno impuesto por el golpe de Estado de 1973 un matiz de autenticidad popular; o como el de Uruguay, en donde la persecución política y la represión en contra del pueblo se han agudizado y, también, en estos días se instrumenta un referéndum de Constitución totalitaria.

Por más distante y diferente que sea la situación política que en la actualidad viven los países mencionados y algunos otros de América, es ineludible la referencia directa, indirecta o de mero antecedente histórico-literario, a la excepcional obra escrita por Sarmiento, *Civilización y barbarie, Vida de Juan Facundo Quiroga*. El libro, que es una visión general de Argentina en un período aproximado de 1819 a 1845, apareció publicado por entregas (mayo y junio de 1845) en un periódico de Chile, precisamente cuando su autor, como hoy miles de argentinos, uruguayos, chilenos, paraguayos y de otros países donde existen regímenes totalitarios, experimentaba la azarosa vida del exilio obligado por la dictadura que gobernaba su patria.

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), es un caso singular en la historia de América ya que es un hombre de cultura e ingenio y, a la vez, es un político de intensa y patriótica vida pública que logra equilibrar esas dos vocaciones de su espíritu. Son contados los casos en nuestra historia de seres notables que han sabido armonizar, sin que ninguna de las dos entidades se vea perjudicada o distorsionada, la difícil amalgama —en la mayoría de los casos los resultados han sido funestos— de la cultura con la política. Si tomáramos en cuenta únicamente una de las dos facetas, su obra pública o su quehacer intelectual, cualquiera de ellas por sí sola ubicaría a Sarmiento en un sitio destacado dentro del contexto latinoamericano. Por esta razón, al equiparar el valor intrínseco de un hombre de cultura que se cuestiona intelectualmente la realidad que le tocó vivir, con la personalidad de un ser que experimenta hondamente el flujo

social y político de su nación, nos encontramos con una figura sobresaliente a nivel mundial.

Sarmiento vive los años de la gestación y consolidación de las nuevas naciones americanas, toma conciencia de la situación de su país y de todos los problemas que afronta al iniciar su vida independiente. El hombre nacido en la provincia de San Juan comprendió bien los mecanismos de que se valió, así como la dinámica que siguió Juan Manuel de Rosas para llegar a unirse en dictador de la República Argentina. Sabe bien el sanjuanino de los dolores, sufrimientos y anhelos de sus hermanos sojuzgados por la tiranía y trabaja activamente por ellos; en el destierro utiliza la pluma como el mejor medio para concientizar y colaborar, además de contrarrestar los ataques que le lanzaban sus enemigos políticos, por la libertad y la democracia de su pueblo. A instancias del ministro chileno Montt publicó, en sucesivas entregas en las páginas del cotidiano *El Progreso, Civilización y Barbarie, Vida de Juan Facundo Quiroga*. Aquella serie de artículos que integraban una unidad poco tiempo después serían conjuntados y publicado en un volumen. Al decir del autor, la obra "es un libro extraño... Una especie de poema, panfleto, historia". Bien podríamos agregar que el texto, sobre todo en su parte tercera, es un discurso, una profunda reflexión vívida y nacionalista que manifiesta al mundo la identidad de su país, y arenga a su pueblo sobre la concreción de su unidad nacional por encima de los ismos que la enfrentaron y posibilitaron el arribo de la dictadura.

En esa relación que intentamos hacer entre la situación política actual que viven varios países latinoamericanos con la visión que tuvo Sarmiento y estereotipó sobre el régimen tiránico que ejerció en la centuria pasada Juan Manuel de Rosas, nos permitimos a lo asentado exclusivamente en la parte tercera de *Civilización y barbarie*. Dejamos constancia, desde luego, que los dos capítulos iniciales en los que se describe la tierra argentina —la pampa— y sus gentes —el gaucho—, y se cuenta la biografía de Juan Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, respectivamente, no son menos válidos que el tercero, pero en esta ocasión nos centramos en el relato de las atrocidades de la dictadura rosista.

En la excepcional disección que hace Sarmiento del régimen del terror que impuso Rosas en la república Argentina, hallamos en primera instancia un hecho muy significativo que demuestra que la irrupción de un gobierno dictatorial o de fuerza atiende a condiciones históricas precisas y plenamente identificables. Tras los sufrimientos por la guerra de independencia y las inefables luchas intestinas por el poder, la máxima aspiración del pueblo era la constitución de un gobierno estable, garante del respeto y el orden, aunque las perspectivas democráticas fueran escasas. En tales condiciones, la llegada de Rosas al poder fue vista "como una bendición" y al principio su gobierno tuvo gran popularidad y apoyo en la inmensa mayoría de los ciudadanos. El autor explica nitidamente tal situación coyuntural: "Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos y es aquél en que, cansados los partidos de luchar piden, antes de todo, el reposo de que por largos años han carecido, aún a expensas de la libertad o de los fines



que ambicionaban; este es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías e imperios".

La situación política que guardan en la actualidad algunos países de América atiende a un oscilante proceso cuya dinámica está matizada por el espectro del golpe de Estado. En el caso argentino, durante los últimos cuarenta años, la mayor parte de ellos desarrollados bajo la influencia y repercusiones del peronismo, la alternancia de gobiernos legítimamente electos con regímenes golpistas castrenses, ha sido la nota relevante de la política de este país de América del Sur. La isla Martín García, "el destino de los presidentes argentinos depuestos en el ejercicio del poder cuando representan los intereses populares" (1), ha sido un importante reducto donde terminaron frustradas algunas de las más significativas experiencias democráticas argentinas. Un ejemplo altamente ilustrador de tal estado de cosas, resulta ser aquél que refiere que durante el gobierno del doctor Arturo Frondizi se registraron 35 intentos de golpe de estado, hasta el número 36 que lo depuso. Esta radicalización en la vida pública argentina derivó, a la muerte de Juan Domingo Perón, en el golpe de Estado incurso de marzo de 1976 que colocó al frente del gobierno a la actual junta militar, cuya cabeza es el general Jorge Rafael Videla.

De alguna manera lo expresado por Sarmiento se ha cumplido de nueva cuenta en su país. Frente al estado de descomposición social que atravesó el gobierno heredado de Isabel Perón, los militares tomaron el poder autocalificándose como la única solución para remediar la ya crónica crisis política. En esta ocasión, a diferencia de las anteriores —aquí reside la gravedad del asunto—, los militares golpistas han declarado que su actuación no atiende a plazos,

sino a objetivos. "Queremos terminar con la sucesión de gobiernos civiles débiles y regímenes militares fuertes" (sic), ha manifestado Videla.

Como señaló Sarmiento, para que tal estado de cosas se presenten es requisito indispensable el desgastamiento progresivo y sostenido de la sociedad. Rosas aprovechó la impotencia y la desmoralización, la fatiga y la desesperación del pueblo para arrogarse triunfalmente la "suma del poder público". De esa forma el tirano consiguió sus objetivos: "Rosas supo acelerar aquel cansancio, de crearlo a fuerza de hacer imposible el reposo. Dueño una vez del poder absoluto, ¿quién se lo pedirá más tarde, quién se atreverá a disputarle sus títulos a la dominación?". Guardando todas las proporciones, las actividades de las fuerzas armadas en varias naciones sudamericanas se enclavan en el mismo contexto de pulverización del ejercicio democrático y, en general, de la actividad política. En Bolivia, Ecuador y Argentina, refiriéndonos a casos concretos, el ejército ha mantenido una posición de privilegio guardándose en exclusiva para sí la facultad de reemplazar a cualquier gobierno que cree tensiones políticas, siendo estas tensiones, en muchos de los casos, producto del radicalismo de los sectores más conservadores de la militancia.

Las juntas de gobierno y los dictadores castrenses han hecho suya, adecuándola, la sentencia que Sarmiento escribió con respecto a Rosas: "Y, en efecto, ¿qué necesidad tiene de ser electo un jefe que ha arraigado el poder en su persona? ¿Quién le pide cuenta, temblando del terror que les ha inspirado a todos?". Bajo el amparo de un profundo nacionalismo que toma por escudo las fallas inherentes de los gobiernos civiles democráticos, como es sabido algu-

nas de ellas manipuladas por el imperialismo, los militares han institucionalizado la práctica de la toma del poder por la vía del golpe de Estado. Cuando a juicio de la entidad castrense, o de acuerdo a los intereses extranacionales a los que están ligados, las cosas marchan mal, simple y llanamente toman el poder.

El lema de la dictadura rosista era tajante e inequívoco de las aspiraciones del tirano: "Era un programa de su gobierno, sin disfraces, sin rodeos: el que no está conmigo, es mi enemigo, tal era el axioma de política consagrado a ella. Se anuncia que va a correr sangre y tan solo promete no atentar contra las propiedades. ¡Ay de los que provoquen su cólera!". Con tales planteamientos, Rosas demostró una vez más tener una afinada concepción del régimen que instauraría. El pensamiento militar de la junta argentina, tal como fue manifestado en mayo de 1978, en ocasión del Día del Ejército, es en gran medida ejemplificador: "En esta lucha sólo sobrevivirán los pueblos vitales. El resto pasará a ser una cuenta más del rosario de los países sojuzgados por el mundo comunista... El ejército más poderoso está de nuestro lado, contamos con la razón, los hechos y la historia, sólo hace falta fortaleza de espíritu y un profundo sentido nacional para imponer nuestro cristiano sentido de la vida". Desde luego, quien no está de acuerdo o no entienda ese "cristiano sentido de la vida", es considerado como un enemigo mortal para el gobierno.

Pero en esa lucha por imponer un régimen autoritario, la contienda política rebasa los marcos de las fuerzas en disputa y revierte su poder aniquilador contra el pueblo. Esto también es un punto fundamental en la vida política de una nación. Quizás en ciertas

ocasiones sea necesario imponer la voluntad popular o la autenticidad y legalidad de un gobierno por medio de las armas, pero nunca un gobierno que se jacte de popular y representativo de los designios de la ciudadanía puede arrasar a su pueblo y establecer una represión sistemática para acceder al poder y conservarlo. Por eso Sarmiento expresó: "Los que esperan que el mismo hombre ha de ser primero el azote de su pueblo y el reparador de sus males después, el destructor de las instituciones que traen la sanción de la humanidad civilizada y el organizador de la sociedad, conocen muy poco la historia". En el mismo contexto debe contemplarse la llegada al poder de los militares que en la actualidad ostentan el gobierno de sus países gracias a la práctica del golpe de Estado. Difícilmente bajo esas bases se puede construir un régimen que contenga las condiciones mínimas de respeto al ser humano. Hasta el propio Borges, en declaraciones inusuales en él, ha manifestado su censura a las prácticas represivas de la junta militar de su país.

Frente a las perspectivas nada alentadoras de los pueblos que hoy viven bajo la opresión de antidemocráticos gobiernos militares, siempre habrá que retomar los planteamientos de hombres que, como Sarmiento, han mantenido aún en la mayor adversidad la fe en los valores humanos y en el triunfo de las mejores causas nacionales: "Porque él (Rosas, como hoy las dictaduras) ha perseguido de muerte a todos los hombres ilustrados, no admitiendo para gobernar sino su capricho... el nuevo gobierno restablecerá las formas representativas, y asegurará para siempre los derechos que todo hombre tiene de no ser perturbado en el libre ejercicio de sus facultades intelectuales y de su actividad". ■

Mundo abierto

Alberto SALVA

De machos jóvenes y machos viejos

No es sin asombro que uno se entera del contenido de un libro de aparición reciente, escrito por el antropólogo Robin Fox, de 46 años, reseñado por Time en comentario recogido por publicaciones mexicanas. Según este científico, que con su tesis reivindica al Freud de tanto desprestigiado de "Totem y Tabú", "la lucha entre machos viejos y machos jóvenes se encuentra en el corazón de la cultura humana." El mecanismo fue tan simple como drástico, según el antropólogo: los machos viejos expulsaban a los jóvenes, quienes tenían que buscar hembras fuera del grupo. Esta lucha por el control de la sociedad producía una ambivalencia en el joven, el cual quería desafiar a los viejos y al mismo tiempo identificarse con ellos. "La lucha produjo un cerebro capaz de controlarla —afirma Fox—, de lo contrario la especie se hubiera destruido a sí misma. Esta lucha, que fue total y devastadora, se transformó en un juego con reglas, de las cuales la fundamental consistía en que un grupo de machos "renunciaba" a un grupo de hembras emparentadas con ellos". Más adelante sigue fantaseando el antropólogo: "Los machos viejos retuvieron el control de las hembras del grupo. Los machos jóvenes que irreflexivamente trataban de arrebatarlas, eran asesinados por los viejos. Por ello los machos que tenían éxito eran los que aprendían a controlar su furia y su lujuria, y esperaban pacientemente su turno hasta que los viejos morían o les permitían aparearse".

Naturalmente que Fox apela a observaciones zoológicas para explicar tal conducta humana: observó que la expulsión de los jóvenes está altamente organizada entre los mandriles... Y en otras especies de simios, igualmente, los machos más viejos atacan ferozmente a los machos jóvenes y molestamente competitivos. De todas estas observaciones animales, el imaginativo Fox extrae esta conclusión aplicable al... presente humano: aun hoy en día, los tres bloques que podían distinguirse en el origen —machos viejos, mujeres con niños y muchos jóvenes— **dominan la política humana y compiten sin tregua por lograr aparearse.**... Y es que el cerebro humano ha quedado condicionado —Fox dixit— por una "pauta fija" de comportamiento, originada en todos esos enredos entre "machos establecidos y machos periféricos".

que según él constituyen la clave de la naturaleza humana y de su historia. A cambio de tanta imaginaria, el desenvolvimiento Fox produce al menos una evidente verdad: "Las sociedades, si se las dejan que hagan lo que quieran, producirán alguna especie de sistemas de apareamiento múltiple. **La monogamia jamás ha funcionado.**" Indiscutible aserto, que será compartido entusiastamente por todo macho, decrepito o imberbe.

Esclavos blancos

No suele recordarse que, paralelamente a la trata de negros africanos, se difundió con vigor en América la esclavitud blanca, especialmente en las colonias inglesas. Eran hombres y mujeres blancos que se vinculaban como sirvientes a sus amos, por muchos años y a veces de por vida, y que en los hechos no se diferenciaban de los esclavos negros en cuanto a los rigores de su condición. Por cierto que esta trata dio lugar igualmente a fabulosos negocios, y la forma de obtener estos esclavos era no menos infame que la practicada por los negros: la más común era capturar a borrachos y trasladarlos a los barcos que los llevarían a América; pero también se atraía a los niños con falsas promesas, o se sobornaba a los guardianes de las cárceles para que entregaran a criminales convictos. En 1617 se denunció públicamente a un "intermediario" que en un año había hecho desaparecer a ochocientos cuarenta personas. Y se cuenta que en 1668 había tres barcos anclados en el Támesis, repletos de niños secuestrados. "Aunque los padres viesan a sus niños a bordo, éstos no eran devueltos si no entregaban dinero", cuenta un escritor contemporáneo. Es que, como asegura el historiador Wealey Brandy, "aquella práctica era tolerada y hasta estimulada por las altas esferas".

En 1652, doscientos setenta escoceses capturados en la batalla de Dumbar por los ingleses, fueron vendidos en Boston. Asimismo, en 1652, después de la rebelión de Monmouth, cientos de rebeldes fueron vendidos como esclavos... y el propio rey recibió una comisión de varios chefines por cada esclavo vendido. En 1659 se ordenó que fuesen vendidos los hijos de los cuáqueros, que por entonces era una secta perseguida; pero lo cierto es que ninguno de los capitanes del puerto de Boston aceptó transportarlos a América.

La utilización de "sirvientes" blancos prosiguió hasta entrado el siglo XVIII. Y se los trataba no menos duramente que a los negros (la perfidia humana no es racista): entre 1750 y 1755, más de dos mil cadáveres de blancos fueron arrojados a la bahía de Nueva York. Se quejaba un negrero: "En mis diez o doce años de experiencia, no he visto jamás tratar a los esclavos negros tan cruelmente como a esos infelices irlandeses". Las mujeres

blancas no escapaban por cierto a esta trata infame: se cuenta que un capitán de navío se introdujo en un reformatorio de jóvenes con la complicidad de su alcaide, embriagó a un elevado número de reclusas y se las llevó a bordo. Tal vez algunas de estas infelices eran las aludidas en este aviso aparecido en el "Boston News Letter" de 3 de mayo de 1714: "Se venden varias sirvientas irlandesas, la mayoría por cinco años, y un sirviente irlandés, que es además buen barbero y peluquero; igualmente cuatro o cinco atractivos niños negros". Ya se ve cómo tampoco en la publicidad de la "mercadería" se hacía diferencia de color.

Dirigente sindical se politiza

El popularísimo "Lula" (apodo de Luis Ignacio da Silva) es hoy el dirigente sindical más influyente de Brasil. Pero también se ha convertido en Presidente del Partido de los Trabajadores, de reciente fundación. En el último número de la publicación "Cuadernos de Marcha", dedicada esta vez a Brasil, él mismo explica cómo se produjo su transición de mero dirigente sindical a líder político. Es aleccionador escuchar y meditarlo: "Durante tres años, nosotros entablamos una lucha puramente económica; pero entonces empezamos a darnos cuenta de que eso sólo era inútil, de que no era suficiente luchar únicamente por reivindicaciones económicas. Porque sería muy fácil para los empresarios darnos un aumento, y después hacer recaer ese aumento sobre el costo de su producto. Ellos saldrían así favorecidos, y seríamos nosotros los trabajadores quienes pagaríamos en definitiva el aumento del precio. (...) Entonces los trabajadores empezaron a darse cuenta de que era necesario conquistar algunas reivindicaciones de carácter social. Las garantías sindicales, por ejemplo, el delegado sindical, la organización política de los trabajadores. Porque tampoco era suficiente que tuviésemos un sindicato fuerte, pues cuando llegaba la época de las elecciones los partidos eran débiles. Nuestros patronos nos pedían los votos. Entonces nosotros nunca elegíamos al mejor candidato; siempre elegíamos al menos malo, el que tuviese alguna forma de vinculación con los trabajadores. (...) (Entonces comprendimos que) los trabajadores sólo lograrán su libertad, su emancipación, su igualdad, si se organizan políticamente. Si deseamos una sociedad más justa, efectivamente igualitaria, donde no exista ni el explotado ni el explotador, tenemos que organizarnos políticamente." Esta politización de los trabajadores constituye hoy, con razón, una de las mayores preocupaciones del régimen represivo brasileño. ■